

pefares en verse atendido con algun aprecio: Edificaba la confusion, y rubor, que apenas sabia disimular, que le cubria el menor obsequio, y honra que se le hiziese, ya introducido por la politica, ya debido à su estado, ò ya conciliado por sus tan amables prendas, que fueron siempre acreedoras de superiores aprecios: *O Señor (decia) à este pobre Coyote! à este pobre Mexizo! à este pobre Indio! &c.* Nombres que en nuestra America tienen los de mas baja esfera, y condicion mas humilde, y eran los ordinarios epitetos, que en la boca de nuestro Carlos se hallaban, no para darlos alguna vez à sus dueños, sino para darlos à sí mismo, por juzgarse el mas infimo, y no merecedor de obsequio alguno por infimo q̄ este fuese, queriendo le tratassen todos como él en su estimación merecia.

683 Como no merecia, permitió Dios, para exerció de su humildad, que le tratassen algunos: entre quienes, por mas continuo, halla el primer lugar Don Jacobo, cuya natural eficacia hallaba siempre en la mas ligera ocasion q̄ apprehendiese, motivo para el rigor, y aspereza en las reprehensiones que le daba, no solo quando joven, pero ya en edad adulta, y respectable por sus Sagrados Ordenes, sin que à el humilde Carlos se le deslizasse alguna vez la razon menos descompuesta, que dexixesse de su observada medida: antes sí, lleno de encogimiento, eran sus respuestas medidas, siendo la satisfacción precisa; aunque esta era por lo comun el silencio, sin mutacion en la serenidad de su apacible semblante: Y ya que estas ocasiones, por ordinarias, no sea facil que las exprese individualmente la pluma; pero en vna, ò otra se avran de referir por especiales.

684 Concurrieron en vna ocasion nuestro Don Carlos, y Don Jacobo à veer trazar, y disponer vn teatro, que sirviese à la representacion de vna comedia, con el artificio que ha discurrido, y executado con propiedad la viveza de el ingenio, en que dando mo-

vimiento à vnas estatuas, y aplicando les voces con ficcion, que executa la mesma naturaleza, sirven de diversion à el sentido, sin el insensible tofigo, q̄ introduce en semejantes scenas la realidad de las personas: estando pues los dos, y el bendito Padre recientemente ordenado de Presbytero, proximo à celebrar su primera Misa, vno de los circunstantes le dixo: *Quando usted cante su primera Misa, entonces si, que se ha de hazer vna buena comedia: à que contestandole respondió sencillamente diciendo: Si, para entonces se ha de disponer vna buena:* Mas no hubo bien acabado de proferirlo, quando montando en colera Don Jacobo, y con voz estrañamente desentonada le dixo: *Qué comedia, ni qué droga?* y otras razones de enojo, q̄ quando pudieran ser à Don Carlos de sentimiento, lo que hizo fue, luego que percibió el sonido de este no esperado trueno, postrarse de rodillas, tomarle humildemente la mano, y besandolela, decirle lleno de encogimiento: *No Señor: que no sea perdoneme usted:* demostracion, que dexò bastantemente admirados à los presentes, Si bien Don Jacobo (que à acá lo lo avia executado así por solo mortificarlo, como lo tenia de costumbre; ò porque mudasse la intencion despues) llegado el caso, lo festejó, no solo con que se representasse en su casa la comedia en la disposicion que diximos; mas con aquella magnanimidad correspondiente a el amor con que siempre, en medio de esto, lo atendia, como à quien la experiencia le avia dado à conocer lo raro de su humildad: la qual no pudo menos que admirar prodigiosa en este caso, como en muchos otros, que con ocasion de su obediencia, y mortificacion referirémos.

685 Por el mesmo tiempo acontecióle tambien, que aviendole presentado vn amito, y cingulo, y estando en especulacion de sus primores con Don Jacobo, y varias otras personas, dixerónle que lo estrenasse en su primera Misa: à que modesto procuraba esta

farfe con decir, no era necesario venir con ello à nuestra sacristia, en donde no se estrañaba su falta: mas no lo hubo bien pronuciado, quando con aspereza, y desabrimiento, levantò Don Jacobo el grito en vna reprehension, diciendole, que si lo avia de llevar para estrenarlo aquel dia, por no hazer desayre à la persona que se lo avia regalado; y lleno de encogimiento nuestro humilde Sacerdote à el estallido de este otro repentino trueno, sin muestra de alteracion, ni replicarle palabra, solo profirió auestras su mansedumbre: *Si Señor, si Señor, lo llevaré;* y con efecto fue así: llevando él en todo siempre el cingulo de su humildad, que le ceñia en sus palabras, y acciones, de fuerte, que aun en lances tan inopinados como estos, no se le soltaba accion, ò palabra menos libre, ni agena de la humildad de su espíritu fortalecido con el preciso amito de su mansedumbre, que tan de asiento moraba en su corazon.

686 Ni solo con D. Jacobo; con qualquier otra persona aconteciale lo proprio; sobre que basta decir, que en todas las acciones de su vida no se advirtió alguna que no respirasse el suavissimo olor de vna muy christiana mansedumbre, y vna humildad profundissima: Iba en vna ocasion montado en vna mula por vna de las calles de mayor cõcurso en esta Corte, aunque muy mal sentado, por lo poco, ò nada que entendia de brida, ni de gineta, à que se añadia lo grande de el sombrero, como lo han siempre acostumbrado los nuestros; conque facilmente hallò descubierto el blanco para el escarnio la juventud lozana, que comenzò à gritarlo, diciendole, entre otras cosas, que se parecia à el Padre David (que es aquel Sacerdote infelice, que el Tribunal Santo de esta Inquisicion de Mexico relaxò en estatua por pertinaz herege dogmatizante, como en la parte 2. num. 357. se dixo) y à escarnio con injuria tan sensible, nuestro humilde Don Carlos sin la menor demonstracion, ni señal de sen-

timiento, prosiguió muy sereno, hasta que la juventud maliciosa se cansò; y tanto, que requerido despues de otra Persona, que avia observado el suceso, le dixo con santa ingenuidad, que nada se le avia dado de todo lo acontecido: que prueba bien lo fundamentado que estaba su corazon en la humildad, quando se hallò tan conforme à la tolerancia de injuria tan grave, y vn escarnio tan publico, que tolerarlo con paciencia fuera laudable, pero con desprecio es digno de mayor admiracion; pues como hijo verdadero de San Phelipe, bien aprovechado en tan poco tiempo en su escuela, avia ascendido por todos los grados que el Santo Padre alaba de la humildad, conviene à saber: despreciar à el mundo, despreciar à ninguno, despreciarse à sí mesmo, y despreciar el ser despreciado: doctrina que aprendió el Santo Padre de la dulzura de S. Bernardo, y à que añadia: *Y estos son dones de Dios soberano:* los quales parece quiso su Magestad comunicar à el bendito Padre Don Carlos: pues por el discurso de esta su historia se manifesta como su humildad supo despreciar à el mundo, huyendo sus vanidades, y aun las esperanzas conque ya comenzaba à lisonjearles à ninguno supo despreciar, sino antes tenerlos aun en mayor aprecio que el debido; supo despreciarse à sí mesmo, teniendose por inferior à qualquiera; y en este caso, finalmente, supo despreciar el escarnio, ò el mesmo desprecio conque fue tratado.

CAPITULO X.

De su rendida obediencia.

687 **E**sta obediencia vn mystico sacrificio à Dios muy agradable, en que con el afilado cuchillo del precepto quitamos à nuestra voluntad la vida, para ofrecerla victima à Dios en holocausto perfecto: Y así parece la ofreció el V. P. D. Carlos

los, dando muerte à su voluntad, porque en el solo viviese la de Dios, significada en la de sus Superiores, à quienes siempre obedeció su humildad con rendimiento: Apenas la luz de la razon comenzò à rayar en su alma, parece hizo divorcio de su misma voluntad, por dar la mano à la de Dios en aras de la obediencia, que ansioso solicitò en las religiones sagradas, como en el cap. 3. advertimos, cuya felice suerte muchas vezes lamentò por mal lograda: Y por no permanecer en el siglo, en donde la propria voluntad ha dilatado tanto su imperio, conmutòla en los claustròs de nuestra Congregacion: en donde, à primores de su Santo Fundador, dexando viva à la voluntad se le da muerte, en donde sin mandar se manda, sin obligar se obliga, siendo la sola Charidad, como vínculo de perfeccion, la que con fortaleza suave, y suavidad no menos fuerte estrecha à todos à que hagan lo que quieren, sin que quieran hazer sino aquello, que sin mas obligacion, que querer, deben libremente executar: En esta pues quiso el bendito Carlos vivir, para morir siempre obediente à la divina voz, que reconocia aun en el toque de la campana, procurando ser el primero que acudiesse, à su sonido, à el acto de comunidad à que llamaba, pues dexaba al punto qualquiera otra cosa que tuviese entre manos, por dar à sus pies espuelas, ò volar Mercurio mejor para la execucion de los divinos mensajes: fue por tanto fiel su observancia en nuestras constituciones como se hallaban reducidas à practica, aunque fuese à precio de vn nuevo sacrificio de sí mismo en el fuego de vna mortificacion continuada, como en el cap. 12. diremos: y baste en prueba por aora individuar lo que vna vez le acació con D. Jacobo.

688 Hallabase el bendito Padre Carlos enfermo, cuyas dolencias llegándole à el alma à Don Jacobo, veniale este à companiar quantos ratos de tiempo le permitian sus ocupaciones: pues

en vna ocasion, advirtiendo el observable Padre, que era ya la noche entrada, y que Don Jacobo no se iba, no hazia sino de quando en quando decirle: *Señor podia usted irse;* mas este perseveraba sin darse por entendido: Lidiaba en el corazon de aqueste el amor para con Carlos, que no le permitia dexarlo, ò ausentarse con el dolor de averlo de dexar enfermo, y no aver de acompañarlo, ya que no para el alivio, à lo menos para el consuelo de entrambos: Mas el amor que batallaba en el corazon de el Venerable Padre, era el que à la comunidad, y su buen nombre renia, no pareciendole bien, q vn extraño, por su causa, entrada ya la noche se mantuviese en su aposento: Y quien anduvo así tan escrupuloso en vna demostracion de D. Jacobo, en tales circunstancias tan justa, dexale entender lo rigido de su observancia en lo demás: Pero con este amor lidiaba tambien el respeto que à Don Jacobo renia; y así no osaba decirle con resolucion, que se fuesse y viendo que eran ya las ocho, y no se iba, hubo de triumphar de este respeto aquel amor, y así claramente le dixo: *Señor, váyase usted, que no parecerá bien este usted en casa de Comunidad à estas horas:* Palabras, que hizieron salir à Don Jacobo; aunque con algun sentimiento, por imaginarse despego, lo que no avia sido sino observacion de la obediencia rendida, que el Venerable Sacerdote tuvo à nuestro instituto sagrado, y loables observaciones.

689 A sus Superiores atendió siempre con tal veneracion, y respeto, como quien miraba à Dios en ellos, sin que jamás se le advirtiese la renuencia menor en cosa que le ordenassen: A el que tuvo por Prefecto en su tyrocinio protestò siempre lo mucho que le amaba, y à el mesmo passo el temor, y grande respeto conque lo atendia, siendo extraño el rendimiento para con el de su obediencia. Fue singular la que tuvo à aquel à quien avia hecho entrega, de su alma como director de su con-

ciencia;

ciencia: à este sujetaba las acciones de su vida, dándole cuenta de todas, y no executando en ellas, sino lo que el solo le ordenasse, aunque fuesse en ocasiones à precio de mortificar los fervores de su espíritu: Eran estos grandes por darse à las austeridades, aspereza, y mortificacion de la carne; pero ceñialos à el yugo de la obediencia, por contenerlo esta en los limites de la discrecion; para que, aunque hiziesse de ella sacrificio à Dios, fuesse racional el obsequio, mortificandola; pero dexandola viva, conque fuese de provecho espiritual à las almas, como su estado, y nuestro Instituto requirien.

690 Sobre el punto de la obediencia à su Confessor referiremos vn caso, que, à mi mal juicio, es vno de los mas raros, que pueden admirarse en las historias; por donde podrá advertirse lo singular de el sacrificio, que hizo el Venerable Padre à Dios, de su voluntad: Avia entre nuestros Sacerdotes vno, que por su condicion, que era ardiente, y natural fogoso, le servia à nuestro Don Carlos de vn continuado exercicio de humildad, paciencia, y mortificacion bien extraña, sin que los rendimientos, obsequios, y afabilidad en el Siervo de Dios fuesen bastantes à extinguir en el otro las fogosidades, los ardimientos, y las violencias, que si no rendian, no dexaban de turbar muchas vezes su corazon: Y lo que hizo fue, para mejor examinar el oro de su aquilatada virtud, y perfeccion, entrar quanto mas adentro pudo de el fuego, y como valiente, y esforzado campeon de la milicia christiana, alistarse debajo de su mesma bandera, para pelear con mas gloria, à precio de mayores vencimientos, las batallas de el Señor, eligiendolo por su Confessor, y Padre, que governasse su espíritu, sujetandose à su direccion, y obediencia, en que perseverò todo el resto de su vida: Accion verdaderamente heroica, sobre que me parece corta qualquiera ponderacion.

691 El Confessor (así como el Me-

dico) dicen que tiene de ser à gusto: y dicen bien, siendo el gusto racional, y prudente; porque con vn Confessor, y director à disgusto, como podrá la humana naturaleza tratar con aquella libertad, y desahogo que pide la espiritual direccion? Como no gemirá para manifestar sus flaquezas, ò declarar sus espirituales sentimientos, afectos, y fervores que Dios le comunicare? Como seguirá los consejos, como practicará los dictámenes, y se ceñirá à obedecer à quien naturalmente repugna? Mucho se alaba de aquellos antiguos Monges, que elegian, à quienes sujetarse, Superiores asperos, y desabridos; pero toda via ay mucha distancia de rendirse à vn rigido Superior, à obedecer à vn Confessor con particularidad aspero, desabrido, y averso: y así decia la admirable Maestra de espíritu, y Doctora Mystica Santa Teresa de Jesus, que tenia por grande principio de aprovechar mucho el amor à el Confessor, si es santo, y espiritual; por ser tal nuestra flaqueza, que algunas vezes ayuda, y mucho, para poner por obra cosas muy grandes en el servicio de Dios: Doctrina que la misma experiencia nos la enseña, pues el amor que especialmente se engendra en las almas à sus Padres espirituales les da aliento para el desahogo, afeccion para recibir la doctrina, y esfuerzo para poner en execucion su enseñanza: sin que por este amor ay de escrupulizar rezelosas, siguiendo el consejo de la Santa Madre, que dice en el camino de perfeccion cap. 4. hablando sobre este punto: *Lo que en esto pueden hazer, es procurar no ocupar el pensamiento en si quieren, ò no quieren; sino si quieren, quieran porque pues cobramos amor à quien nos hizo algunos bienes al cuerpo; à quien siempre procura, y trabaja de hazerlos à la alma, por que no hemos de querer? Esto es lo que se debe hazer, no ocupar el pensamiento en si quieren: pero no importa, antes es vtil que quieran sin querer luego por esto que se dexé al Confessor, como algunos no tan advertidos suelen*

Eeccccce

luego

ñego aconsejar, y aun encarecer peligros, siendo à vezes mayor el que aconsejan, por la espiritual ruina, que à la pobre alma se sigue en dexar el Confessor diestro, y prudente, que no tan à mano se encuentra.

692 Y volviendo à nuestro bendito Don Carlos, averse de rendir, y sujetar, como el lo hizo, à vn Confessor, y director de su espiritu, alpero, desfabrido, y averse tan especialmente para el, para hazerle patentes los fenos mas ocultos de el corazon, siguiendo sus consejos, practicando sus dictámenes, sufriendo violencias, y tolerando ardimientos, ministrandole mayor autoridad para dexar caer mucho mas pesada la mano; fue à mi veer vno de los mayores tropheos de su virtud, y prueba bien calificada de la gallardia de su espiritu, rigorosamente examinado con el vencimiento continuo de si mesmo en el exercicio de vna excelente mortificacion, y humildad, para primoroso esmalte de vna muy heroyca obediencia.

693 Qual fuese esta, y à que elevacion llegasse su humildissima mortificacion con este su Confessor, y director de su espiritu, se conocerà no menos por el testimonio que diò de ello el Venerable Padre en esta demonstraciõ: Encõtraronse los dos al subir la escalera, y queriendo nuestro Carlos subir por la myltica, que avia dispuesto en su corazon, elevando à su humildad con la protestacion de su rēdimiento, lo que executò fue, luego que en su presencia se viò, postrarse de rodillas, y besarle humildemente la mano, haciendo executar lo mesmo à vn joven estudiante, que iba à caso en su compañía, que es el que se ha nombrado otras vezes, llamado Joseph Quintero, à quien dixo despues: *Assi lo has de hazer, siempre que encontrares à algun Sacerdote, y mas quando son de este tamaño: Y aunque la accion explica bien su humildad, mortificacion, y obediencia; mas las palabras bien era necessario, que el que las*

dixo las explicara: *Y mas quando son de este tamaño: Destreza se requiere para tomar estas medidas, y medir esta estatura: la de el humilde Padre puede asemejar à la palma, pues floreció como ella; y se la llevó por sus victorias, que le hizieron gloriosamente Gigante en el espiritu, cuyas son las medidas de aquel tamaño, en el qual hallaba su mortificacion el tamaño de su humildad, con aumentos cada dia mayores de su obediencia: Y este caso se supo, porque hubo testigo que lo viesse; los que sin testigo passaron, quedan à la piadosa consideracion, à que descubre no estrecho campo el rendimiento de su obediencia.*

694 La que desde su mas tierna infancia tuvo siempre à Don Jacobo, dase à conocer claramente por lo que hemos hasta aqui referido; à que añadiremos, no obstante, algo mas para que mejor se advierta. Aun siendo ya Sacerdote lo mandaba con la mesma libertad, que antes quando no lo era; y el obediente Sacerdote le obedecia con el mesmo rendimiento, que si no lo fuese: y aconteció algunas vezes, que por no pedir prompta execucion el mandato, dexàra de cumplirlo, sobre que preguntandole despues Don Jacobo, y oyendo de sus labios la respuesta, no menos humilde, que ingenua de averse pasado de la memoria; era luego executiva la aspera reprehension, diciendole, que era para poco, que de nada servia, que era vn descuydado, y semejantes razones; à que el humilde Carlos, sin alegar mas escusa, ni responderle palabra, daba solo por respuesta su ordinario encogimiento.

695 Acontecióle vna vez (y no sé si otras) aversele embarazado en el discurso de el dia acabar de dar cumplimiento à las horas Canonicas, viendose precisado à hazerlo de parte de noche, à tiempo de que junta la familia iban ya à rezar à la Reyna de los Cielos el Santissimo Rosario, y preguntando por el Don Jacobo, y diciendole

que iba à rezar el Oficio divino, no passò por la disculpa: *Que venga (dixo) à rezar el Rosario; para que es vn floxo; q̄ no ha rezado en todo el dia: Y con efecto lo hizo dexar el breviario, sin que el obediente Carlos alegasse escusa, hiziese replica, ni faltasse à su acostumbra da apacible serenidad, obedeciendo con promptitud, aunque à precio de rezar despues su Oficio divino con mas incomodidad. Despues, aunque passò à vivir à nuestra Congregacion, no traspasò ni vn punto los primores de esta su obediencia, y rendimiento à Don Jacobo, à quien siempre reconociò por Superior con aquel respeto, como si fuese su Padre: aun ya Sacerdote besabale la mano, como lo avia siempre observado, y estaba en su presencia, como pudiera vn muchacho preocupado de el temor, aunque en el era vna excelente virtud de que nacia aquel respeto.*

696 El que à su Madre le tuvo, parece ocioso se expresse, aviendo visto el que à quien no era Padre suyo observaba, y aviendole aquella atendido con los maternos afectos, que las prendas de tal hijo demandaban; correspondiendo este con el respeto, obediencia, y rendimiento, que conocia deber à tal Madre. No se sabe averle dado alguna vez la menor ocasion de sentimiento, ò de queixa con alguna trabesura, ò juvenil diversion, que no hubo quien se la advirtiese: besabale siempre (aun ya Sacerdote) la mano, aunque era esta la menos protestacion, pues solia executarla con algunas otras personas, en quienes se hallaban inferiores recomendaciones à las suyas: Doña Nicolasa de Inojosa testifico, quien estando en la casa de Doña Petra, cuya era deuda, entrò el humilde Carlos, y despues de besar la mano à su Madre, passò à executar lo con ella, y esta escusandose por reverenciarlo ya Sacerdote: *No importa (le replicò el) si tambien es vsted mi madreçita.* Tal era su abatimiento! que se reconocia inferior à qualquiera, juzgandose, y protestandolo assi subdito à todos por

amor de aquel, que quiso por nuestro amor sujetarse à sus criaturas.

CAPITULO XI.

De el exercicio de su admirable paciencia.

697 **A**unque por lo expresado en los dos antecedentes capitulos de la humildad, y obediencia de el Padre Don Carlos, claramente se percibe lo invicto de su paciencia, y singular exercicio de su interior mortificacion: no obstante, para su mayor noticia hemos reservado para este algunos casos, que esclareciendo mas los fondos de su humildad, hazen brillen mas las luzes de su paciencia, è interior mortificacion: Y si bien toda su vida puede decirse aver sido vna mortificacion continuada en el vencimiento de sus pasiones; con la humilde tolerancia de las asperezas de Don Jacobo, y rendida sujecion à su Padre espiritual segundo: mas en la que tuvo para sufrir la pesada indiscrecion de otras personas se manifesta bien claro.

698 Ofreciósele concurrir algunas vezes con cierto Sacerdote anciano (aunque por la dignidad todos los Sacerdotes lo son) y aqueste sin mas motivo, que la licencia, que suelen tomarse las canas, lo daba à el nuestro (que ya entonces era tambien Sacerdote) para exercicio de su sufrimiento: usaba con el varias desatenciones, haziale muchos, y muy pesados desayres: los quales advertidos de otras personas, admiraban la singular mansedumbre, circunspeccion, y serenidad que manifestaba de animo, con que el Siervo de Dios los toleraba, sin desatar sus labios propriamente ceñidos con la preciosa cinta de grana de su modesto silencio; que solo se explicaba con el sonrososo de su rostro, à que añadia hermoso mariz lo candido, por sincero, de su humildad, entre lo cardeno de su paciencia: La qual no solo con el referido, con muchos

otros tambien la practicò, que hizieron semejantes, y mayores pruebas de su tolerancias quedando esta en todas ocasiones ayrosa por lo modesta, y callada, mostrandose el bendito Padre Athleta esforzado, y vencedor en el alto Olympo de su paciencia.

699 Otro Sacerdote se le dexò caer en cierta ocasion tan pesado (despues de otras muchas, que le avia dado à sentir nada ligera su mano) que ya casi exasperado su sufrimiento (aunque su modesto silencio no vencido) se entrò en su aposento demudado el semblante, y aviendose puesto el sombrero, iba à tomar el manteo ya para salirse; pero no hizo mas que quedarle vn rato suspenso, y deponer el dictamen, à que le iba ya à precipitar la passion; largò el sombrero, y procurò serenarse: No es tan facil reprimir los primeros movimientos de vna passion vehemente, que fuele entonces cegar los ojos à la razon; mas es calificacion de vna exercitada virtud el contenerla, luego que el rayo de la luz alumbraba, haziendose vno Señor sobre si mismo; y así en el bendito Carlos aconteció, como tan exercitado en la christiana palestra.

700 Y cierto que à los que observaban atentos su dulce trato, afable condescendencia, y humilde mansedumbre, haria dificultad huviesse quien le mortificasse, no dando el ocasion para la queja, ò enfado; pero Dios, que quiere probar à sus escogidos para bien de ellos mismos, para que en su paciencia logren la posesion de sus almas, permite que seã muchas vezes exercitados por donde menos lo piensan: Aun los maternales, y fraternales afectos en muchas ocasiones lo fueron de su sufrimiento; pues en el amor de su Madre, y hermanas bastardeando, qual trabiezo rapaz, el zelillo, por imaginar desapego el retiro de el bendito Padre, hallò este no pequeño exercicio de su paciencia, en el desabrimiento conque le hablaba su Madre, tanto mas para nuestro Carlos sensible, quanto era mas im-

diato, y allegado el instrumento: si entraba en su casa por consolar, y conso-larse con la vista, y conversacion de su Madre, y hermanas, aunque preguntasse por ellas, y entrasse en las salas, ni alguna aparecia, ni encontraba con quiẽ le diera noticia; de suerte, que se veia obligado con grande mortificacion à dar la vuelta; y como esto le instimulasse à que avergonzado hiziera mayor el retiro de su casa, crecia en su Madre, y hermanas el motivo à su sentimiento, que servia despues de mas exercicio en el Siervo de Dios para su paciencia, siempre guardada en el precioso cofre de su silencio, sin menear los labios para la queja, ò desahogo con alguna de ellas, para quienes destilaron miel sus labios, reservando para si las amarguras; si bien à estas supo siempre convèntir en dulzedumbres la humildad de su corazon, procurandolo mantener en amorosa paz, y tranquilidad.

CAPITULO XII.

De el exercicio de su exterior mortificacion.

701 **P**Ara confusion, y vergüenza de tantos, que frequentan las aulas de Epicuro, tiene Christo en su Iglesia los que seguidores de su doctrina imitan à su Santo Apostol en la mortificacion de la carne; porq̃ aunque no ignoran, que esta no es enemiga para destruirla, es no obstante esclava para castigarla avasallando sus demasias, y reduciendola à servidumbre: Y vno de los bien disciplinados en esta sapientissima escuela fue el bendito Padre Don Carlos, que supo castigar su cuerpo, no solo negandole la delicia de los regalos, pero tratandolo con la aspereza de las mortificaciones, para que en la oposicion, que traen el espíritu, y la carne, esta aprendiesse à sujetarse como esclava, y supiesse dominarla aquel como Señor: Luego que comensò à saber lo q̃ era vivir (como notamos en el capitulo

lo 2.) supo negarse à la vida animal, negando à su delicado cuerpo blanduras en el lecho, concediendole por descanso durezas de vna tabla, y de vn trozo de viga por almohada: no siendo despues en el discurso de su vida, regularmente otro el colchon de que usaba, aunque à precio de industrias para no ser advertido de las Personas de su casa.

702 Y aviendo pasado su habitacion à la nuestra, en donde con menor sobresalto pudiera dexar correr con mas ligereza à su espíritu, no era otra, q̃ la referida, su ordinaria cama; y lo huviera sido sin intermision desde entonces, à no aver procurado el primero de sus Confesores moderar los fervores de su aliento: y durandole este director el menos tiempo: en el mas, que fue el restante à su muerte, rarissimas seian las vezes que descansarian sus miembros sobre otro colchon, ò almohada. Instabanle muchas ocasiones en su casa, sobre que imbiessse la ropa de su cama, para que se diese à lavar, que con el dilatado tiempo imaginaban muy sucia: y quando muy instimulado, despues de tres, ò quatro meses lo hazia, no se hallaba tener otra inmundicia, que la que avia contraydo de la refricacion en el suelo: industria de que el Siervo de Dios se valia para dar à entender le avia servido, procurando ocultar con aqueste dissimulo, la aspereza de su mortificacion, quando solo tenia en su aposento las almohadas, y las sabanas para ornamento de la cama, que deslumbrasse los ojos de los que viendola no viniessen en sospecha de su austeridad: mas despues de su muerte se conociò aqueste engaño piadoso, hallandose el tablon, y la vigeta, que le avian servido de conceder à su cuerpo el no escusado reposo.

703 Y decimos *no escusado*; porque el sueño era regularmente tan poco, que estando (como hemos dicho) en vigilia hasta las doze hora, en que rezaba *Marynes*, y despues levantandose à las quatro para desahogar su espíritu con Dios en la oracion, quedaba es-

casas quatro horas, que solas destinaba à el sueño, no consintiendo su espíritu siempre despierto, que romasse su cuerpo mas que el preciso descanso, castigandolo con las prolongadas vigiliass, que tanto debilitan sus fuerzas, para que siempre estuviesse avasallado, y sujeto. No fue muy inferior la sujecion, en que procurò tenerlo negandole el regalo en la comida, porque descansando à la sombra de la Cruz de el tan deseada, solo en su gusto hallasse su paladar las dulçuras. Quando entrò en nuestra Congregacion, como traxesse paladeado el apetito con el gusto, y la razon, que comunicaba à las viandas la cocina de su casa, estrañò notablemente el disgusto de los manjares, que en el refectorio se sirven, tan lexos de aquella sazò à que venia acostumbrado: debiò de platicar en su casa, compelido acaso de la femenil curiosidad de saber el recibimiento, que avia encontrado en la nuestra, motivo, porque su madre le remitiò à el otro dia aderezado el puchero: Mas nuestro Carlos, que no avia venido à hazerlos practicando estas, ni otras singularidades, y mas en perjuicio de el comun, como fuera esta, rogò à su madre, que tal cosa no executasse otra vez; porque viviendo en comunidad era preciso que no gustasse otras viandas, que las que à todos se sirven, atreglandose al instituto que lo dispone, y exemplo que debia dar: executandolo así puntualmente, sin ampararse jamas de las licencias con que le pudiera ser vna, u otra vez permitido, quando su desengano solamente lo movia à darle gusto à el espíritu, aunque fuesse, como era, à disgusto, y pesar de su carne, que queria tener mortificada.

704 No faltò ocasion, en que recibiendo mal su estomago cierta vianda que se ministrò en la mesa de el medio dia, se llegasse à ver tan accidentado à la noche, que no dexò de ponernos en cuidado: sinque por esto el bendito Carlos soltasse la menor palabra para el sentimiento, ò la queja contra la vianda: ni menos mudasse de su proposito,

FFFFF

con

continuando siempre en comer de los comunes manjares, que aunque contrarios à su apetito, y esta vez dañoso à su salud corporal, como quien cuydaba tanto de dar muerte à el apetito, aün mas que à la hambre, y de adelantar la salud de la alma aün mas q̄ la del cuerpo, solo atendia à mortificar el cuerpo para tenerlo como esclavo sujeto, y avasallado à el espíritu, para q̄ este hallasse cada día mejor abiertas las puertas de el paraíso, que antes avia cerrado la gula. Por esso, en vez de retroceder temeroso, procuraba augmentar la mortificación: y así si à los principios aquecaba su gusto los manjares comunes, juzgandolos despues acaso delicias para su ya mortificado apetito, los defazonaba mas, hechandoles agua fria, y paliando con los compañeros, que lo observaban, la acción, con decir estaba caliente la vianda; aunque otro era el calor que con lo frio de aquella agua pretendia, que se aumentasse. Lo mesmo executaba con el chocolate las vezes que lo bebia, que mas que chocolate, era agua tibia tenida, sin otro sabor que el que hallaba el gusto de su mortificación, que parece, no encontraba sino en la aspereza su gusto.

705 No solamente ayunaba las Quaresmas, y demás dias, que entre el año prescribe la Iglesia nuestra Madre; mas fuera de estos eran muchos más los ayunos de que hazia à Dios voluntario sacrificio: y si un mal comer es un rigoroso ayunar, por lo que dexamos dicho puede llamarse su vida desde que vino à nuestra casa un ayuno continuado. Mucha avia de ser la instancia que le obligasse à no parecer hazaheria la escuela, ò bien compulso de el respeto, para que comiesse alguna cosa entre dia, por mas que esta pretendiesse lisonjear à el apetito: porque negado à sus lisonjas, solo anhelaba à las medras de su espíritu, que es señal de no tenerlo (decia nuestro Santo Padre) el comer fuera de tiempos difícilmente se hallaba en el aposento del bendito Carlos mimiebra alguna de

la menor golosina; porque si alguna le daban, sin que passasse de sus manos à la boca, la ponía en agenas manos: Las de el manebro nombrado ya muchas vezes, conviene à saber Joseph Quintero, con la llaneza, y familiaridad que con el Siervo de Dios tenia, registrabale muchas vezes la alacena, y cajones en solitud, como muchacho, de algun dulce, ò miniebra semejante, y no la encontraba (como oy lo testifica) aün que bien à su pesar: Con lo que se encontró vna vez à pesar, y muy grande de el Venerable Padre, fue con crecida cantidad de cilicios, manjar de que gustaba mejor.

706 Con estos maceraba su carne continuamente para traerla siempre atada, y sujeta à la razon; eran tantos, y tan orrorosos à la viciada naturaleza, que vn Sacerdote llamado Don Phelipe Aragonés, que los halló despues de la muerte de el bendito Carlos, deponerle averle puesto grima el verlos solos: eran hechos de varias figuras, y tamaños, para atormentar de muchas maneras, y en diversas partes el cuerpo: Y ya que la puntual individuación de su practica quedó reservada al registro solo de su modestia, solamente referiremos lo que como testigo de vista afirma el dicho Br. Don Joseph Quintero (manebro, que era entonces de su confianza, aünq̄ para esto no la tuvo entonces el bendito Padre) Despidiólo vna vez que se hallaba en su aposento: mas el buen joben; sin que el Padre lo advirtiesse, sin salir de el aposento, quedóse en la sotenuela oculto, desde donde, sin ser visto, pudo veer lo que ya referimos brevemente.

707 Desnudóse el Siervo de Dios de cintura para arriba, y aviendo acomodado en el suelo tanta porcion de rigorosos cilicios, que pudiesen cargar enteramente la espalda, y los brazos, se echó sobre ellos para dar sobre colchon tan mullido descanso à la ligereza de su espíritu con el tormento de la pesadumbre de su cuerpo: perseveró así largo tiempo, hasta que finalizado aquel exer-

cicio de su mortificación industriosa, halló el joben atalaya modo de salirse, sin aver sido notado: quien disimulando despues, quando volvió à visitarlo, advirtió en el bendito Carlos, que apenas podia disimular el dolor, que junto al cerebro avia dexado en señal de el mencionado martirio, el instrumento que le avia con su rigor lastimado: De esta sola vez, y de esta industria dispuso la divina providencia el testigo, para adquirir la noticia, que da margen à discutir no aver sido, ni esta sola la industria de sus asperezas, ni la aspereza de esta industria esta vez sola: que es el amor muy industrioso, y fuego el amor que no sabe decir basta: y el que ardía en el corazón de el Venerable Padre, deseoso de imitar à Christo en el padecer, y de seguir su doctrina en el santo aborrecimiento de si mesmo, le hazia buscar varios modos, y trazar santas invenciones, para que castigado su cuerpo, volasse à Dios su espíritu en alas de sus fervores, volando para descansar, y solicitando por medio del tormento el descanso.

708 A la aspereza de los cilicios juntabase el rigor de las disciplinas: No satisfechas sus ansias con las tres cada semana, que regularmente se tienen, segun instituto, en nuestra Iglesia, quiérase aver añadido muchas otras mas su fervor: à no temer su humildad el registro de otros oyos, ò la intermediación de los aposentos: hasta q̄ puesto en el empleo de la cruz pudo sin esse temor soltar à la nave de su espíritu las velas, para que sin riesgo de contrarios vientos navegasse segura, mientras mas azogada, y ahogada de los golpes: pues teniendo en su poder la llave de la sacristia de nuestra Iglesia, bajabala à ella à deshora de la noche, para que cubriendo ella con sin embargo nudo sus rigores, fuesen estos como querria, solamente sentidos de su cuerpo: sobre que descargaba à redios golpes las disciplinas: à aünq̄ dispuso la divina providencia (para que no quedassen impuestas perpetuamente en olvido) que

el mozo sacristan, que dormía en la sacristia dentro de vn pequeño aposento; recordasse vna noche, y percibiendo los golpes, quedó (como testificó el mesmo despues) por no pequeño raro asombro, hasta que con cautela pudo certificarse de su origen, disimulando siempre aünq̄ oyesse abrir al bendito Carlos, que retirado en la Iglesia, y no juzgando ser oydo continuaba muy alentado su rigoroso exercicio, con que domando à la carne los brios, la ruvielle siempre sujeta à la razon, y avasallada à el espíritu: Y estos son los rigores de que pudo aver noticia; la que de otros oculta nuestra pluma, por averlos escondido su modestia, bien puede reservarse mas que à la corteja, à la piadosa creencia, advirtiendo aver crecido con el bendito Carlos el espíritu de mortificación, y odio santo de si mesmo, que si no pudo registrarle todo, no se duda, que

si el sup fue grande;

si el sup fue grande;